

# **Nuestros recursos**

Notas de una meditación en Brisbane sobre  
Juan 14

John Thomas MAWSON

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Pregunta: ¿Pero no está nuestra parte? Nos gustaría servirlo y dar testimonio de él . . . . .	4
2 - Pregunta: ¿Cómo podemos beneficiarnos de esto? . . . . .	5
3 - Pregunta: ¿Se parece esto al final de <b>1 Corintios 1</b> ? Aquí parece llegar en el momento oportuno. . . . .	6
4 - Pregunta: ¿No viene toda la confusión en el cristianismo de ignorar la presencia del Espíritu? . . . . .	7
5 - Pregunta: ¿Muestra también el versículo 15 la diferencia entre los discípulos y el mundo? . . . . .	8
6 - Pregunta: ¿Qué mandamientos tenían que guardar? . . . . .	8
7 - Pregunta: ¿No lo entristece toda forma de pecado? . . . . .	9
8 - Pregunta: ¿Qué nos sucede cuando contristamos al Espíritu de Dios? . . . . .	9
9 - Pregunta: ¿Qué significa el término «Consolador»? . . . . .	10

Estoy seguro de que a todos nos gustaría agradar al corazón del Señor Jesucristo; en nuestras vidas individuales y colectivas, nos gustaría ser como él desea. La cuestión es cómo hacerlo. Creo que lo que nos revela este capítulo nos ayudará. El Señor habla a sus discípulos de los recursos que tendrían en su ausencia, recursos que permanecen intactos para nosotros hasta el día de hoy[1].

[1] Nota: Hoy en día no vemos las manifestaciones externas de poder como en el principio.

Así son las cosas. Los dones de señales como las lenguas y la sanidad han desaparecido; tratar de restaurarlos no es conforme a Dios; es injustificable y solo produce confusión y desilusión. Pero todo lo vital permanece. Lo que nos daría fama ante los hombres ha cesado, pero lo que nos es necesario para agradar al Señor permanece. Si lo amamos, nos alegraremos de ello. La asamblea en Corinto tenía dones de señales, se gloriaban en ellos y los ostentaban para alardear, sin ver que su estado carnal contristaba al Señor. No imitemos esto. La asamblea en Filadelfia no tenía ninguno de estos dones, pero tenían la aprobación del Señor por su devoción a su Palabra y su nombre. Vivían de acuerdo con la enseñanza de esos capítulos del Evangelio de Juan; que nosotros vivamos así, para tener su aprobación.

Me gustaría subrayar la expresión «¡Creéis en Dios, creed también en mí!» (v. 1). Queremos vivir para el Señor. Este deseo es correcto, pero si nuestros pensamientos se ocupan exclusivamente de esto, nunca tendremos éxito. Si ponemos eso en primer lugar, estamos poniendo el carro delante de los bueyes, y eso está mal. Lo primero debe ser: ¿qué puede ser Cristo para nosotros? Eso es realmente lo único; todo lo demás vendrá después. Cuando mi alma entra en lo que él es para mí –mi recurso suficiente e inagotable, capaz de llenar mi corazón, de satisfacerlo, de cautivar todo mi ser por su gracia y su amor–, naturalmente sigue lo que yo seré para él. Todo lo que él puede ser para nosotros está incluido en «¡Creed también en mí!». Eso es lo que él es y lo que puede hacer por nosotros.

Simón Pedro solo pensaba en lo que podía ser y hacer por el Señor. El Señor había dicho que se iría, y Pedro aún no había recibido la visión de mirar hacia la gloria. Todavía no estaba preparado para decir: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos; para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (1 Pe. 1:3). Pensando solo en la cárcel y en la muerte, dijo al Señor: «Mi

vida pondré por Ti» (Juan 13:37); ¡lo decía en serio! Lo decía tan en serio como nosotros cuando, de rodillas, prometemos estar por Cristo y servirlo de todo corazón. Ah, debió llorar de decepción y tristeza por sus votos rotos y su miserable fracaso, igual que nosotros hemos hecho y debemos hacer, mientras pensemos en “lo que podemos ser para Cristo” en lugar de “lo que él puede ser para nosotros”. Pedro estaba totalmente equivocado, y el Señor le dijo que le negaría no una, sino 3 veces, antes del amanecer. “No, Pedro, tu confianza en ti mismo te traicionará. Debes aprender que no es Pedro para Cristo, sino Cristo para Pedro”. «¡Creed también en mí!». En esto estamos seguros, y en ningún otro; tendremos fuerza para mantenernos firmes, porque él será nuestra fuerza. Por muy sinceros y decididos que seamos en cualquier otro plano, fracasaremos. ¿Lo comprende usted[2]?

[2] Nota – Sí, creo que lo entiendo.

No se limite a oír estas palabras y saber repetirlas. Ponerlas en práctica es vital para cualquier vida y cualquier victoria espiritual, de lo contrario siempre fracasará y nada funcionará. No se trata de lo que usted pueda ser para Cristo, sino de lo que él pueda ser para usted. Si se ha sentido decepcionado, incluso disgustado consigo mismo, y está al borde de la desesperación, el Señor le dice: «No se turbe vuestro corazón... ¡creed también en mí!», centre sus pensamientos y su confianza en mí, en lugar de en sí mismo.

## **1 - Pregunta: ¿Pero no está nuestra parte? Nos gustaría servirlo y dar testimonio de él**

Sí, podremos hacerlo. Si el Espíritu de Dios ha dado a uno de nosotros el deseo de servir al Señor, él se lo concederá. Podemos dar fruto, ser sus discípulos, sus amigos y sus testigos. Esto está en el capítulo 15, pero el capítulo 14 viene primero. Tenemos que aprender el significado de sus palabras: «Separados de mí nada podéis hacer nada». El capítulo 14 primero contiene nuestro recurso infalible, en el capítulo 15 el resultado feliz. Todos reconocemos que nuestra vida solo puede estar en él; se la debemos a su muerte por nosotros. En la cuestión de la salvación de nuestras almas, estábamos enteramente cerrados a él, y él lo hizo todo por nosotros. Pero eso era solo el principio. «Así, como recibisteis a Cristo Jesús el Señor, andad en él; arraigados y edificados en él» (Col. 2:6). Él fue nuestro todo para la salvación, y

sigue siendo nuestro todo para la vida, la gracia y el poder. Lo que importa no es lo que nosotros somos, sino lo que él es. «¡Creed también en mí!».

Nótese que «¡creéis en Dios!» viene primero. Todo lo que Dios ha sido para su pueblo a través de los siglos y todo lo que él será o podrá ser, esto, dice el Señor Jesús, será para vosotros. Su palabra es fiel; se aplica a nosotros en cualquier lugar hoy. Cuando Dios dijo a Abram: «No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande» (Gén. 15:1), no estaba hablando de lo que Abram podía ser para Dios, sino de lo que Dios podía ser para él. Del mismo modo, cuando Dios declaró en Betel lo que haría por Jacob, era Dios para Jacob y no al revés. Cuando David dijo: «No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado» (2 Sam. 23:5), no se trataba de lo que David era para Dios –pues confesó cómo había fracasado–, sino de lo que Dios era para David –ahí no había fracaso–. Así que siempre hacemos la misma comprobación. Nunca ha habido nada estable que no se basara en eso, y ese fundamento para la bendición se presenta de forma aún más enfática en el Nuevo Testamento. El Señor dice: “Yo seré para vosotros todo lo que necesitéis, en todos los sentidos, yo soy la base de vuestra seguridad y confianza, yo soy vuestro recurso y gozo, todo está en mí”. «¡Creéis en Dios, creed también en mí!».

## 2 - Pregunta: ¿Cómo podemos beneficiarnos de esto?

Primero hay que ejercitar la fe. Ahora bien, no andamos por vista, como los discípulos, sino por fe; y el ejercicio de nuestra fe será proporcional a nuestro conocimiento del Señor y al rechazo de la confianza en nosotros mismos. La fe se vuelve activa y triunfante cuando comprendemos que lo importante es lo que Cristo es para nosotros. La fe es siempre victoriosa. El diablo nunca ha podido vencer una pizca de fe verdadera, porque la fe se apoya en el Señor. La segunda cosa es que se nos ha dado el Espíritu Santo; volveremos a eso. Pero ya, si no tuviéramos nada más que este «¡creed también en mí!», tendríamos suficiente. Cuando nos damos cuenta de esto, cambia todo, incluso nuestras oraciones. No diremos “Señor, dame fuerza”, sino “Señor, tú eres mi fuerza, mi debilidad se aferra a ti”.

Pero aquí, hay algo más que lo que es individual. Estos discípulos representaban a todos los santos cuya fe estaría centrada en el Señor Jesús hasta su regreso. Eran el núcleo de su Asamblea; y, al ser atraídos por él, representaban a todos los que poseerían su Nombre y se reunirían en torno a él como su Centro y Cabeza. Durante

el período de su ausencia, quiso reunir a los suyos en torno a su Nombre, y aquí está preparando a sus discípulos para hacerlo. En el capítulo 13, los sirve lavándoles los pies. Todas sus esperanzas estaban ligadas a la gloria terrenal y al hecho de que él era el Mesías que reinaría en la tierra, pero su rechazo lo cambió todo. Las esperanzas de su Asamblea son celestiales, no terrenales; su participación actual es celestial, porque Cristo está en el cielo, y sus discípulos solo pueden participar con él en las cosas celestiales. Por eso, como los discípulos, necesitamos ser purificados de pensamientos terrenales y de cosas que solo contaminan, para que, liberados de estas cosas, podamos compartir con él, no ahora la gloria de un reino terrenal, sino el gozo del amor del Padre. El lavado de los pies es la prueba de ello, y el *Señor continúa este bendito servicio mediante su Palabra hasta el día de hoy.*

Entonces Judas, el traidor, tuvo que salir. No podía participar en esta nueva bendición; solo podían entrar los que estaban unidos al Señor por lazos de vida y amor. Judas representa al hombre no regenerado –la carne– que es incurable y tan egocéntrico que con gusto vendería a su Señor con la esperanza de enriquecerse. Tenía el poder de hacer milagros, de expulsar demonios y curar enfermos, como los demás discípulos; pero no tenía ningún vínculo vital con el Señor, y se marchó. El hombre no regenerado no tiene lugar en la Asamblea que Cristo construye.

Por último, la confianza en sí mismo, como la de Pedro, tenía que ser desenmascarada, pues solo puede ser un estorbo dondequiera que esté. Es una amenaza constante para la paz y el crecimiento de la Asamblea. Por eso el Señor se presenta como su refugio y su recurso. Dice más adelante: «No os dejaré huérfanos; yo vengo a vosotros» (v. 18). Un huérfano no tiene protector ni guía, ni ayuda ni recurso. Si entendemos las cosas, diremos: Esto es lo que somos sin el Señor, pues de nada podemos presumir. No podemos decir, como los laodicenses: «Soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad» (Apoc. 3:17). No, si no tenemos al Señor, somos huérfanos, desvalidos e indigentes. Pues bien, a estos que no son nada, el Señor les dice: «Estoy a la puerta y llamo». Entonces lo tenemos todo, y nos gloriamos en el Señor.

### **3 - Pregunta: ¿Se parece esto al final de 1 Corintios 1? Aquí parece llegar en el momento oportuno.**

Sí, nosotros no somos nada, pero el Señor lo es todo. Si tenemos esto en cuenta, seguiremos viviendo juntos en feliz y santa comunión, encontrando en el Señor

nuestro gozo y ayuda comunes. No podemos tener más de lo que él es, porque toda la plenitud está en él, y nada menos que él.

Pasemos ahora a los versículos 15 al 17. El Padre enviará al Consolador, el Espíritu de Verdad. Es por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado que entramos inteligente y verdaderamente en estas cosas. Debería estar claro para todos que solo podemos entender las cosas divinas si somos enseñados por el Espíritu de Dios.

## **4 - Pregunta: ¿No viene toda la confusión en el cristianismo de ignorar la presencia del Espíritu?**

Sí, lo que se ha perdido especialmente de vista es que la venida del Espíritu está relacionada con la ausencia del Señor en la tierra y su exaltación en el cielo. Vino de Cristo en el cielo, enviado por el Padre, para cuidarnos por amor de Cristo, mantenernos en contacto vivo con él y revelarnos sus glorias. Mucha gente habla mucho del Espíritu y de estar llenos del Espíritu, pero están llenos de justicia propia y de orgullo espiritual y, por tanto, carnal. Un hombre lleno del Espíritu estará lleno de Cristo. Su objeto será Cristo, no el yo. La primera marca de un hombre que ha recibido el Espíritu y está bajo su influencia es la separación del mundo. Es sorprendente aquí. Aquel «al que el mundo no puede recibir... vosotros lo conocéis» ([Juan 14:17](#)), dice el Señor. El “mundo” y “vosotros” están en completa oposición. El «vosotros» de hoy es la Asamblea, habitada por el Espíritu Santo, para la que un Cristo invisible es una realidad viva. La fe es el gran principio de su vida y de sus acciones, mientras que el mundo camina por la vista y solo puede existir por lo que ve, siente y maneja. Es sensual, no tiene nada aparte de la codicia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Es obvio que, si la Asamblea quiere mantener su verdadero carácter, debe separarse del mundo. Es obvio que tiene recursos y poder que el mundo ni posee ni conoce. El mundo no puede ayudarnos en nuestra vida y testimonio del Señor. Su principio de acción y todos sus motivos se oponen a lo que es de Dios. Si los adoptamos, debemos renunciar a los principios divinos.

## **5 - Pregunta: ¿Muestra también el versículo 15 la diferencia entre los discípulos y el mundo?**

Sí, el mundo odiaba al Señor y todavía lo odia, como muestran los versículos 18 al 25 del capítulo 15, y odia a todos los que aman al Señor. Pero los suyos le aman y lo demuestran con su obediencia.

## **6 - Pregunta: ¿Qué mandamientos tenían que guardar?**

Había 2 en particular: “Permaneced en Jerusalén” y amaos «los unos a los otros» ([Juan 15:12](#)). Obedecieron ambos. Tuvieron la paciencia de esperar, y esperaron en amor y unidad hasta que el Padre envió al Consolador. Lo más difícil es esperar. Es más fácil actuar que esperar; pero ese fue el mandato del Señor, y les bastó. Israel en el desierto no pudo esperar cuando Moisés subió a la montaña; Dios miró y vio su desobediencia. Fueron desobedientes porque no lo amaban. Pero en el caso de los discípulos, el Señor podía mirar a los suyos y hablar de ellos al Padre como de aquellos que demostraban su amor a él por su obediencia a sus mandamientos. Fue a esta obediente compañía a la que el Padre envió al Consolador. Estos 2 preciosos rasgos –el amor al Señor y la obediencia a sus mandamientos– deberían caracterizarnos a todos. Si esto es así, el Espíritu Santo no será contristado, y el resultado será la armonía y el progreso espiritual.

El versículo 26 muestra cual es la gran misión del Espíritu para con los discípulos del Señor: «Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho». Él nos separa del mundo y nos llena de Cristo. Él es tan necesario para nosotros en la tierra como Cristo lo es para nosotros en el cielo. Y si queremos crecer en conocimiento, gracia y poder cristianos, debemos prestar atención a [Efesios 4:30](#): «No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención». Si somos indiferentes a Cristo, contristamos al Espíritu, ya que vino del cielo para dar testimonio de Cristo y mostrarnos su gloria. Cuando el siervo de Abraham fue a buscar a Rebeca como esposa para Isaac, solo tenía por objeto a Isaac, y se alegró de que Rebeca se regocijara al oír hablar de Isaac. Si ella se hubiera cansado de sus palabras y hubiera querido hablar de otra cosa, lo habría afligido; y cuanto más profundo fuera su interés por su misión y por Rebeca, la esposa de Isaac,

mayor habría sido su pena. Lo mismo sucede con el Espíritu Santo. Es el Consolador que ha venido para conducirnos sanos y salvos hasta el Esposo celestial, y se alegra de revelarnos sus glorias. En el capítulo 14, recuerda el pasado, todo lo que Jesús había dicho a sus discípulos (v. 26); en el capítulo 15, da testimonio de la gloria presente de Cristo (v. 26); en el capítulo 16, nos muestra lo que está por venir (v. 13). Ya sea pasado, presente o futuro, Cristo es el centro de todo. Si tenemos oídos para oír lo que el Espíritu Santo tiene que decir sobre Cristo, se alegra; si no, se entristece.

## **7 - Pregunta: ¿No lo entristece toda forma de pecado?**

Claro que sí. De hecho, en el creyente, el pecado es el resultado de haber contristado al Espíritu Santo. Si anduviéramos por el Espíritu, no pecaríamos, y andamos por el Espíritu si Cristo lo es todo para nosotros.

## **8 - Pregunta: ¿Qué nos sucede cuando contristamos al Espíritu de Dios?**

Perdemos el gozo, y carecemos de poder en la adoración y el servicio; desperdiciamos nuestro tiempo, y somos esclavos de la carne. Pero el Espíritu de Dios no cesa de obrar en favor nuestro. Está demasiado preocupado por la gloria de Cristo para eso. Está ocupado en ejercitar nuestras conciencias y mostrarnos nuestro estado de pecado, nuestros errores y las causas de ellos. Pero esto no es feliz, no es el trabajo normal del Espíritu Santo. Su trabajo es mostrarnos a Cristo. Hay gozo en eso; no hay gozo en mostrarnos a nosotros mismos, por muy necesario que sea.

Pero en la admonición «no contristéis al Espíritu Santo de Dios» (Efe. 4:30) hay un maravilloso consuelo. No contristamos a un enemigo, solo contristamos a los que nos aman y nos cuidan con ternura. Podemos enojar a un enemigo o vengar a un extraño, pero es un corazón tierno el que se entristece por nuestra conducta; y cuanto más tierno y amoroso sea el corazón, más fácilmente se entristecerá. El Espíritu de Dios nos ama tiernamente, y es muy sensible a si respondemos o no plenamente al amor del Señor Jesús. Por eso se aflige fácilmente, pero nunca cesa en su amoroso servicio a nosotros.

## 9 - Pregunta: ¿Qué significa el término «Consolador»?

Significa alguien que se hace cargo completamente de nosotros: un abogado que se ocupa de nuestro caso para llevarlo a buen puerto. Todos somos como un niño que tiene que cruzar una calle con mucho tráfico peligroso; necesita que alguien le lleve de la mano, lo guíe y lo conduzca con seguridad por el camino, que le dé confianza y satisfaga sus necesidades. Eso es lo que el Espíritu Santo hace por nosotros. Pero lo hace manteniéndonos en comunicación con Cristo; no hace nada por nosotros fuera de Cristo. Hace efectivo para nosotros todo lo que hay en Cristo, y nos capacita para echar mano constante y eficazmente de nuestros recursos en él. El Espíritu de Dios se entristecería mucho si lo hiciéramos nuestro objeto en lugar de Cristo. Él vino a hacer de Cristo todo para nosotros, a mantener los derechos de Cristo en nuestras vidas.

Cristo es el objeto de nuestra fe y nuestro recurso inagotable para toda necesidad, pero ya no está en este mundo que lo ha odiado y rechazado. Por eso, nuestra fe y nuestro afecto nos sacan del mundo; también nuestra esperanza, porque esperamos que él nos saque del mundo, según su promesa, para llevarnos a la Casa del Padre, para que donde él esté, estemos también nosotros. Además, el Espíritu Santo que habita en nosotros es un poder nuevo y celestial que el mundo no conoce; esto significa también que la esfera de nuestra vida y de nuestros intereses está fuera del mundo. Podemos vivir por el Espíritu Santo en las cosas celestiales, y podemos fijar nuestros afectos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado. Hay paz en esa esfera. «Mi paz os doy» (Juan 14:27), dijo el Señor. Es en tal atmósfera que la Asamblea existe y prospera. Si queremos saber qué es la Asamblea, la encontramos allí, en una esfera impregnada por la presencia y el poder del Espíritu Santo, donde Cristo viene, donde él es todo, y donde están conocidos el amor y el interés del Padre. Además, obsérvese cómo el Señor insiste en que el Espíritu Santo vendrá del Padre. «Yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador» (v. 16). «El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre» (v. 26). «El Consolador, a quien yo os enviaré de parte del Padre» (15:26). «Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso os dije que tomará de lo mío y os lo anunciará» (16:15). El interés del Padre por nosotros es infinito. Los discípulos fueron objeto de un intercambio entre el Padre y el Hijo: el Hijo oró al Padre, y el Padre respondió a la oración del Hijo enviando el Espíritu Santo. Y esta comunión entre el Padre y el Hijo sigue existiendo. Puede que esté más allá de nuestra comprensión, pero existe. Somos introducidos en este círculo de amor divino e inefable. El Padre y el Espíritu Santo trabajan para bendecirnos para gloria del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que ejerce su amor por nosotros con toda

su fuerza y gozo inagotables, como hizo cuando murió por nosotros.

Pero, ¿cómo nos afecta todo esto? ¿Recibimos estas grandes verdades como mera información, o afectan a nuestras almas y nos forman prácticamente? La información es buena si tiene como resultado que Cristo se forme en nosotros, si desplaza al “yo” y nos separa del mundo. Solo puede hacer esto si el Espíritu de Dios obra en nosotros, de lo contrario es un gran peligro, porque nuestras conciencias pueden tranquilizarse por el hecho de que sabemos cosas, mientras que no sabemos nada si la verdad no se pone en práctica en nuestras vidas. Esta es una consideración solemne para todos nosotros. El diablo es astuto, y uno de sus trucos es hacer que nos contentemos con saber estas cosas en lugar de conocerlas en su poder transformador. Pero el Espíritu de Dios es más grande que él, y el Espíritu habita en nosotros, mientras que el diablo solo está en el mundo, de modo que, si no contristamos al Espíritu de Dios, todo nos irá bien.

Hemos terminado; que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios nuestro Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos nosotros. En efecto, esta triple bendición se encuentra en nuestro capítulo.

Fuente: STEM Publishing